

Nota de investigación

La gestión del odio y la tolerancia en la Alemania neoliberal: un proyecto de investigación etnográfica

Nitzan Shoshan

EN SU NIVEL más amplio y ambicioso, el proyecto de investigación que voy a delinear a continuación busca contribuir a una creciente literatura etnográfica que forma parte de los debates interdisciplinarios acerca de la política en la época neoliberal. Muchos académicos han documentado transformaciones radicales en la política a lo largo del mundo en décadas recientes, aunque hay poco consenso sobre si tales cambios tienen alguna relación entre sí y, de tenerla, cómo sería tal relación. Algunos han observado el declive del poder del Estado con el cambio de la producción fordista a la flexibilidad post-fordista (Harvey, 2001; Sennett, 1998), mientras otros han subrayado el ascenso de la biopolítica y una intensificación neoliberal de la gobernanza (Rose, 2001; Sharma, 2006). Otros más han señalado la emergencia de novedosas identidades políticas y de nuevas formas de lucha política (Hardt y Negri, 2004; Sassen, 2002) o el impacto de los acelerados flujos globales en la política local (Appadurai, 1996). Las impresionantes innovaciones teóricas de estos debates no siempre se han visto correspondidas con evidencias empíricas adecuadas. Sin duda, algunos autores han favorecido la reflexión abstracta por encima de la investigación rigurosa. Pero a un nivel más profundo, la escasez de estudios empíricos refleja, por un lado, la amplitud de los debates acerca de las transformaciones políticas de las últimas décadas y, por el otro, el tipo de evidencias que podrían darles sustento.

Por varias razones, las investigaciones etnográficas han sido particularmente escasas, aunque ciertamente no inexistentes. En América Latina, por ejemplo, Charles Hale ha advertido acerca de los efectos políticos de lo que él llama “multiculturalismo neoliberal”, es decir, la incorporación institucional de la diferencia cultural bajo la gobernanza neoliberal de maneras tales que, si bien tienen la apariencia de ser progresistas, amenazan con reproducir jerarquías racializadas y neutralizar la oposición política (Hale, 2005). Encontramos desconcertantes paralelos de estos efectos en la obra de Douglas Holmes, quien ha vinculado la emergencia de identidades multiculturales al surgimiento de movimientos neofascistas en Europa, mediante el argumento de que el “capitalismo acelerado” ha suscitado la reaparición de la política “integralista” (Holmes, 2000). Otros autores han afirmado que lo que ha caracterizado el momento presente no es el surgimiento de nuevas identidades sino una crisis en su formación y asignación, en ocasiones con consecuencias brutales (Appadurai, 1998; Comaroff y Comaroff, 1999). Mi propio interés en acercarme a estos debates de manera etnográfica consiste en explorar cómo tales procesos, aparentemente de gran escala, emergen de y dentro de contextos locales. Me propongo hacerlo con dos proyectos. El primero, cuya fase de investigación empírica ya está terminada y cuyos resultados estoy trabajando en un libro, involucró trabajo de campo con jóvenes marginalizados y xenófobos en un barrio de la ex Alemania Oriental. El segundo, cuya fase empírica se iniciará en el verano de 2011, comprende trabajo de campo en proyectos de integración multicultural y con inmigrantes jóvenes.

A un nivel más modesto e inmediato, el objeto de mi investigación es entender cómo el Estado europeo neoliberal y desindustrializado, y más específicamente el Estado alemán, gobierna los márgenes emergentes de su sociedad: un formidable ejército de reserva y un sector supernumerario en ascenso. ¿De qué manera se transforma la política a medida que la promesa de prosperidad material universal (en sus versiones tanto estatal-socialista como social-demócrata) se desvanece, a medida que el Estado de bienestar es desmantelado gradualmente, y a medida que sectores sociales enteros son reclasificados como parasitarios y sin futuro alguno? En Europa, tales preguntas están profundamente vinculadas a una fijación obsesivo-compulsiva en la inmigración, así como a las ansiedades y reacciones reflejas que ésta ha generado. No hay duda de que las reacciones frente a la inmigración varían de país a país, y algunos parecen haber resuelto la problemática de la alteridad cultural y étnica de manera más constructiva que otros. Aun así, salvo algunas excepciones, la cuestión de la inmigración parece ofrecer la clave de la refracción política e ideológica contemporánea en toda Europa.

La inmigración destaca en la mayor parte de los debates políticos por todo el continente, ya sea explícita o implícitamente: desde las predicciones escatológicas acerca de una inminente crisis demográfica o el consabido pánico por la violencia criminal, hasta la preocupación por el persistentemente alto nivel de desempleo y el futuro del Estado de bienestar o las obstinadas ansiedades sobre la diferencia cultural, en particular en relación con las comunidades musulmanas (Asad, 2003; Bunzl, 2005).

Por una parte, esta obsesión ha incitado movimientos políticos xenófobos y ha legitimado una gama de medidas anti-inmigración. Frontex, la agencia encargada de las fronteras externas de la Unión Europea, ha llegado a encarnar la noción de la “fortaleza Europa” (Huysen, 1992), la cual hace referencia al uso de este término por parte del nacionalsocialismo durante la segunda guerra mundial. Mientras tanto, los partidos populistas europeos siguen cosechando triunfos políticos con agendas impudicamente xenóforas. De hecho, además de la inmigración, hay poco que vincule a fenómenos tan dispares como Geert Wilders o el recientemente fallecido Pim Fortuyn en los Países Bajos, Jean-Marie Le Pen en Francia, el también fallecido recientemente Jörg Haider en Austria, o los partidos de extrema derecha de Alemania o Suecia. Muchos hacen advertencias sobre la nociva influencia de estos movimientos en la llamada corriente principal (*mainstream*). Pero tal alarma quizá sólo oscurece una verdad bastante menos cómoda: que los márgenes descaradamente racistas de hecho son sólo expresiones llamativas de amplias tendencias compartidas por el “centro” político del continente. Resulta todavía más inquietante que considerarlas extremos permite negar la existencia de la intolerancia racista en la corriente principal (Pred, 2000; Shoshan, 2008b). Sea como fuere, actualmente lo que con demasiada frecuencia parece dar una coherencia y cohesión *de facto* a la idea de un continente europeo son los debates políticos sobre la criminalización de los velos de las mujeres musulmanas, la prohibición de alminares y mezquitas, la expulsión de extranjeros que han cometido crímenes y la preservación de las tradiciones nacionales frente a la presión de culturas extranjeras.

Pero al mismo tiempo, un movimiento aparentemente opuesto surge en décadas recientes: una valoración de la diversidad, la tolerancia y el multiculturalismo como bienes morales, políticos, culturales e incluso económicos. Esta promoción de la tolerancia multicultural se encuentra en los programas educativos escolares y en la retórica política parlamentaria, en los informes económicos y en las recomendaciones de las cámaras de comercio, en las declaraciones de los sindicatos o las de las federaciones de fútbol, e incluso en los productos de la industria de la publicidad. A su vez cuenta con apoyos institucionales y presupuestarios en todo tipo de ámbitos, desde

el Consejo de Europa hasta los gobiernos nacionales, las administraciones municipales y las asociaciones vecinales. Innumerables comités, organizaciones e iniciativas en contra del racismo y la xenofobia han florecido por todo el continente, especialmente en las ciudades (véanse Borstel, 2004; Carlsson, 2006).

La excepción alemana

En mi investigación analizo estos dos movimientos no como opuestos sino más bien como expresiones de las tensiones que han marcado a la Europa post-industrial y neoliberal (véase Balibar, 2004), y más específicamente a Alemania, la cual es en muchos aspectos un caso más bien excepcional, no típico. El pasado traumático de ese país todavía lo persigue e influye sobre la manera en que muchos alemanes ven la diversidad multicultural. Un resultado de ello ha sido una agudizada sensibilidad en el ámbito público (los espacios íntimos, por supuesto, son una cosa completamente aparte) en contra de las expresiones de xenofobia e intolerancia. Aun así, las nociones de una identidad nacional organizada en torno a una cultura específicamente alemana (*Kulturnation*) para nada pueden ser consideradas superadas (Bohrer, 1991). Un arreglo incómodo pero oficialmente aceptado se ha hallado en la noción de “cultura dominante” (*Leitkultur*, literalmente “cultura dirigente”) que definiría normas culturales obligatorias y delinearía los límites de la tolerancia (Borneman, 2002).

Estas tensiones supuestamente se han profundizado desde la reunificación de 1990. La relajación de las leyes de inmigración según el *jus sanguinis* y las movilizaciones públicas en contra de la intolerancia cultural han caminado de la mano con una violencia racista espectacular y un renacimiento del sentimiento nacionalista. Algunos autores escriben acerca del regreso de Alemania a la Historia Mundial después de un hiato de división y ocupación durante los años de la posguerra y del consecuente regreso del nacionalismo, antes rechazado (Geyer, 1997; Huyssen, 1992). Tales argumentos captan solamente de manera parcial los cambios políticos recientes en Alemania, tanto porque tienden a aminorar la persistente importancia del nacionalismo y de la identidad nacional en el periodo previo a la reunificación, como porque no incluyen cabalmente estos cambios dentro de su contexto histórico relevante. Como aceptan muchos académicos, pese a su extraordinario significado, los años 1989 y 1990 parecen menos un hito radical y más un momento dentro de procesos de más largo plazo (Anderson, 2009; Huyssen, 1991). Pero parece haber resistencia a analizar los cambios en la

identidad nacional y en las ideologías hegemónicas a la luz de tres décadas de condiciones económicas cambiantes, desde el desplome de las tasas de crecimiento del PIB o el aumento de las desigualdades, hasta el incremento de las tasas de desempleo y del desempleo prolongado (véase una excepción en Steinmetz, 1994).

Estos desarrollos económicos se asemejan a los de otros países industrializados a raíz de la desregulación comercial y financiera, la neoliberalización interna y la globalización industrial. Sin duda, Alemania no ha sufrido la neoliberalización radical que marcó al Reino Unido con Thatcher o a Estados Unidos con Reagan, por no hablar de las regiones en el mundo que han vivido una industrialización acelerada (como el caso paradigmático de América Latina). La relativa persistencia de las leyes de protección al empleo y de las estructuras de bienestar en Alemania han exasperado por mucho tiempo tanto a los economistas como a los empresarios (Allen, 2010). La rigidez del mercado de trabajo, el *NewLiberalSpeak* (Baca, 2004; Bourdieu y Wacquant, 2001), en referencia a la seguridad en el empleo, es a menudo citada como el impedimento económico más apremiante del país. Con todo, Alemania no ha permanecido incólume ante las tendencias globales. Un declive de los sindicatos y su poder político, un aumento de los empleos temporales, de medio tiempo y a corto plazo, la desregulación del mercado, las reformas al Estado de bienestar, y una gama de procesos relacionados han conducido a Alemania en una dirección inconfundiblemente neoliberal (Hassel, 2010). Durante las últimas décadas, muchos de los desempleados, subempleados o quienes cuentan con empleos precarios, y de aquellos que dependen de los beneficios estatales han sufrido un declive económico palpable y, en consecuencia, una merma de su estatus social. Sus perspectivas de mejora en el futuro siguen siendo tenues. Si bien estos infortunios golpearon a la ex Alemania Oriental de manera particularmente fuerte, no han dejado de tocar a las regiones industriales de la ex Alemania Occidental.

¿Por qué los afectos?

En esta coyuntura histórica, no es de sorprender que al igual que muchos otros países europeos, Alemania se enfrente hoy día al desafío de gobernar lo que podría ser definido como públicos afectivos. Con esto no me refiero sólo al control del resentimiento y la frustración entre una emergente clase social desposeída, sino también, a un nivel más profundo, a la gestión política de las formas afectivas que, en primera instancia, dan origen a tal resentimiento: las expectativas, las aspiraciones y los vínculos cuidadosamente

cultivados bajo el capitalismo organizado del próspero Estado de bienestar, pero que actualmente parecen no encajar en el orden de las cosas; los valores y las normas que han predominado en un contexto social caracterizado por una relativa seguridad material; las nociones de continuidad lineal y predictibilidad que hacían que las biografías individuales fueran narrativas con sentido; y no menos importante, las visiones, los movimientos y las ideologías políticas dentro de los cuales fueron elaborados estos afectos, y que a su vez los reforzaron. Dentro de esta conjunción del afecto y la política, no sólo han destacado los sentimientos xenófobos y la violencia racista. Quizá ha sido aún más importante la fabricación de compromisos afectivos y de horizontes políticos alternativos bajo el signo de la tolerancia y la diversidad multicultural.

Probablemente los afectos siempre han sido centrales para la política, pero de formas distintas. Hay un mundo de diferencia, por ejemplo, entre la solemnidad, el éxtasis eufórico o la melancolía lacrimógena que los monumentos, los espectáculos y los rituales nacionales han buscado activar entre la población, y el control cuidadoso y la regulación de las disposiciones cotidianas. Este control bastante más sutil de los afectos no es parte de la aplastante política afectiva de la soberanía, sino más bien, para apoyarme en Foucault, de una lógica de la gubernamentalidad que busca optimizar la gestión cuidadosa de las poblaciones (Foucault, 2007). Así pues, de lo que se trata no es de erradicar absolutamente la xenofobia, sino de tornar las disposiciones existentes en relaciones productivas, equilibrarlas o canalizarlas de manera que se neutralicen unas a otras. Dado que lo afectivo y lo efectivo son inseparables no sólo en la retórica política o en las relaciones íntimas, sino, de manera más general, en cualquier institución humana (Mazzarella, 2009), los afectos son al mismo tiempo un objetivo clave y un instrumento indispensable de la gobernanza.

Pero, ¿qué quiero decir con la palabra afectos, en vista de los distintos usos del término en la literatura académica contemporánea? En forma breve, debo decir que a diferencia de cierta literatura de moda en este campo, no concibo los afectos como “autónomos”, en el sentido de ser una experiencia no mediada, no articulable y pre-social (Massumi, 1995). En primer lugar, considero que los afectos están socialmente mediados, es decir, circulan socialmente y crean lo que puede llamarse públicos afectivos o colectividades organizadas alrededor de ciertos vínculos y disposiciones (Warner, 2002). En segundo lugar, los afectos tienen memoria, y más específicamente una especie de memoria colectiva que está vinculada con públicos particulares. Esto quiere decir que los afectos conservan huellas —de traumas, de pérdidas, de aspiraciones y demás—. La tercera característica de los afectos, que es con-

secuencia de las dos primeras, es que éstos siempre están históricamente situados, insertos dentro de procesos concretos que incluyen las narrativas históricas y los sentidos del tiempo mediante los cuales estos mismos procesos cobran sentido para la gente (Berlant, 2007). La cuarta y última característica de los afectos es que, pese a su inmaterialidad, poseen una objetividad social, evidente en sus efectos múltiples.

Xenofobia y multiculturalismo en Berlín

Que ni el neoliberalismo ni el multiculturalismo en Alemania puedan ser considerados como casos típicos, ni en Europa ni mucho menos en otras regiones del mundo, no implica una debilidad sino más bien una ventaja. Esto es así porque el objetivo de mi investigación no es extrapolar un modelo universal sino contribuir con una perspectiva singular a los debates acerca de la política en el momento contemporáneo. Pero hay que hacer otra advertencia: dado su enfoque etnográfico en Berlín, mi investigación puede hacer afirmaciones de validez y generalizabilidad sólo hasta cierto punto, incluso a nivel nacional en Alemania. Sin duda alguna, la trayectoria económica reciente de Alemania, su limitada neoliberalización, sus cambiantes políticas de inmigración, sus corrientes xenófobas y sus debates públicos no han quedado confinados a la capital. No obstante, Berlín se diferencia de varias maneras importantes del resto del país. Como capital, naturalmente posee un cierto estatus de privilegio. Pero como la ciudad en el centro de dos guerras mundiales y como icono de la Cortina de Hierro, Berlín tiene el lastre de una carga histórica y de un valor simbólico que, aunados a la centralidad y poder de Alemania dentro de la Europa contemporánea, la vuelven en cierto sentido un lugar internacional. Esto no es una hipérbole metafórica: el paisaje de la ciudad está colmado de creaciones monumentales de concreto, acero y cristal que dan testimonio de su estatus global, pasado y presente (Binder, 2001; De Soto, 1996; Huyssen, 1997; Ladd, 1997; Saunders, 2009). Los efectos de su valor simbólico para lo que he llamado la gestión de los afectos no son, sin embargo, menos tangibles. Los grupos y los actos políticos de extrema derecha o los incidentes de violencia racista en Berlín con certeza siempre reciben la atención de la televisión, los periodistas y los políticos internacionales. El alto valor de lo que está en juego se refleja en la intensidad con la que la gobernanza se empeña en la gestión del odio y la tolerancia en la ciudad.

Berlín se distingue también en varios otros aspectos que tienen una importancia crucial para la manera en que el multiculturalismo y la xenofobia

se han desarrollado dentro de ella. La ciudad se caracteriza (todavía) por una marcada división Este-Oeste que es evidente no sólo socioeconómicamente, sino en los dialectos, en las redes sociales, en las afiliaciones políticas y en varios aspectos más (Bach, 2005; Boyer, 2006; Glaeser, 2000; Shoshan, 2008a; Ten Dyke, 2001). Esta división socio-espacial complica los patrones geográficos de segregación y mezcla urbana pero, algo igualmente importante, crea configuraciones complejas y multifacéticas de la alteridad. Por último, y por varias razones que no se relacionan directamente con lo anterior, Berlín es una ciudad pobre para los estándares alemanes. Lleva a costas una enorme deuda (calculada aproximadamente en 60 000 millones de euros en 2006) y tiene un desempeño por debajo del promedio nacional en varios indicadores clave (como su producto interno bruto per cápita o el desempleo).

Las dos áreas en las que se concentra mi investigación se han visto especialmente afectadas por problemas socioeconómicos. Ambas son emblemáticas, de diferentes maneras, de la singularidad histórica de Berlín: la primera es una región periférica en el extremo suroriental de la ciudad que se vio fuertemente golpeada por la implosión de la industria de la Alemania Oriental tras la reunificación. Sus bajas tasas de inmigrantes y minorías étnicas se corresponden con un escenario relativamente vibrante del extremismo de derecha. La segunda es Neukölln, el distrito municipal más pobre de Berlín, que se caracteriza por una proporción relativamente alta de inmigrantes entre sus residentes (la mayor parte proveniente de Turquía y de países árabes), quienes se asentaron en los barrios menos atractivos y más baratos que se encontraban al pie del muro de Berlín antes de la reunificación. Una amplia gama de actores sociales se ha involucrado en la política del odio, la tolerancia y la integración multicultural en ambos lugares.

Jóvenes de extrema derecha en Berlín oriental

Mi primera área etnográfica consiste en una constelación de barrios en el distrito de Treptow-Köpenick, ubicado en el antes Berlín Oriental. En años recientes esta zona ha tenido un nivel relativamente alto de actividades de la extrema derecha, desde manifestaciones políticas o células clandestinas (*Kameradschaften*) hasta ataques con violencia, grafiti racista y campañas de propaganda de los partidos políticos. Aproximadamente una tercera parte de Treptow-Köpenick, el distrito más grande de Berlín, comprende extensiones de agua y bosques. Su paisaje exhibe los contrastes que caracterizan a la capital alemana: un pintoresco barrio antiguo, bucólicas playas de arena y amplios canales de los ríos Spree y Dahme, la brillante arquitectura contemporánea de

la recién inaugurada “Ciudad de la ciencia”, la extensa monotonía de las grandes unidades habitacionales de la era comunista, o las amplias áreas de viejos complejos industriales en ruinas. Si bien predominan por mucho los partidos social-demócrata (SPD) y del socialismo democrático (PDS), en los últimos años el distrito se ha distinguido en varias ocasiones por su conexión con eventos de la extrema derecha.

La parte sustancial de mi trabajo de campo etnográfico en esta área consistió en observación participante con un equipo de trabajadores sociales a nivel de calle y con los jóvenes marginados de extrema derecha a quienes atendían. Los trabajadores sociales facilitaron mi acceso a estos grupos, los cuales pasan gran parte de su tiempo en la calle, y cuya hostilidad y desconfianza (no del todo injustificada) hacia los fuereños habría vuelto mi presencia entre ellos difícil, si no es que imposible. Al mismo tiempo, los propios trabajadores sociales —agentes paradigmáticos de la gobernanza neoliberal— fueron centrales para mi investigación, ya que representaban precisamente las formas de gobernanza en las que estaba interesado. Éstos trabajaban para una organización no lucrativa de trabajo social a nivel de calle que establecía contratos semestrales con las autoridades locales y que contaba con equipos de trabajo en la mayor parte de los distritos de Berlín. Los trabajadores sociales enfocaban sus esfuerzos en sitios que se han convertido en puntos de reunión para los jóvenes extremistas de derecha, a los cuales atraían mediante actividades de esparcimiento subsidiadas. Estas actividades abrían la posibilidad de consolidar relaciones de confianza, que a su vez permitían un trabajo terapéutico individual a largo plazo que en su mayor parte consistía en mediar entre estos jóvenes y varias agencias de asistencia del sector gubernamental o terciario. En este sentido, la naturaleza de su trabajo requería que los trabajadores sociales tuvieran un conocimiento detallado de la historia familiar, las experiencias escolares y laborales, las redes sociales, los antecedentes penales y las orientaciones políticas de los jóvenes a quienes atendían.

Sociológicamente, los miembros de estos círculos incluían tanto a hombres como a mujeres jóvenes, quienes oscilaban entre situaciones agudas de pobreza y entornos familiares de sólida clase trabajadora. Virtualmente todos procedían de familias de Alemania Oriental, en las cuales los adultos podían haber estado desempleados durante la mayor parte de los últimos veinte años. La violencia, el alcoholismo y la delincuencia eran endémicos entre ellos, y muchos alardeaban de haber sido consignados por una amplia variedad de delitos menores (y no tan menores). Una minoría selecta había logrado tener acceso a programas de formación vocacional financiados por el gobierno, pero sus expectativas de asegurar un puesto de trabajo asalariado parecían poco

halagüeñas. Con algunas notables excepciones, su conciencia política podría describirse como rudimentaria. El racismo y el nacionalismo xenófobo calaban honda y ampliamente entre ellos. Para amplios sectores en Alemania, estos jóvenes cristalizan el malestar de la parte oriental: un supuesto fracaso para adaptarse al capitalismo de mercado; una cultura política supuestamente anti-democrática; y la persistencia de patologías sociales de la época de la República Democrática Alemana en el presente neoliberal de la Alemania re-unificada, y que traspasan las divisiones generacionales.

Los trabajadores sociales se enfocaban en tres áreas en particular, todas ubicadas en el sur del distrito, tradicionalmente habitado por una población de clase trabajadora industrial. La primera, coloquialmente conocida como “el Ghetto”, mostraba de manera patente el impacto de dos décadas de desempleo endémico. Sus plazas públicas se han convertido en lugares de reunión para adultos desempleados por largo tiempo y para jóvenes sin prospectos, los cuales muestran una pobreza más severa y niveles educativos más bajos con respecto a otros lugares del distrito. La segunda zona, más central y mejor integrada al tejido urbano, ha tenido una trayectoria menos desfavorable, pero aun así ha padecido un declive socioeconómico y ha mostrado divisiones sociales cada vez más acentuadas. Esta zona contaba con una oferta relativamente abundante de consumo, entretenimiento y centros de esparcimiento para los extremistas de derecha. Los grupos callejeros que se congregaban en el área incluían a algunos de los activistas más militantes y organizados de la ciudad. Finalmente, la última zona donde trabajé se encontraba en los alrededores de una estación de tren que fungía como nodo de una red de transporte suburbano. Los *ultras* de un club de fútbol local formaban la médula de su escena social que en lo demás era heterogénea y porosa.

La política de la delincuencia política

En mi investigación etnográfica encontré una serie de consecuencias políticas significativas surgidas de los regímenes penales que administran el odio y producen lo que llamo la delincuencia política. Mi uso de este último término no implica que impute una naturaleza apolítica a otras formas de delincuencia, la cual por supuesto es necesariamente una institución política (Foucault, 1995). En cambio, me propongo analizar cómo en Alemania hay toda una gama de códigos legales y técnicas penales que delimitan e incitan un ámbito cada vez más extenso de ilegalidades políticas. En este sentido, la delincuencia política se ubica en la intersección de la “penalidad neoliberal” (Harcourt, 2010)—una obsesión política contemporánea con la criminalidad

y una economización de la penalidad— y una serie de especificidades culturales peculiares de la Alemania actual. Es una forma particular de insertar la delincuencia dentro de la esfera de la práctica política y, recíprocamente, de introducir la política en la institución de la delincuencia.

La criminalización del extremismo político en Alemania se apoya en la precaria negociación de una contradicción fundamental: la protección constitucional de los ciudadanos del poder arbitrario del Estado contra la protección del orden democrático liberal. Por supuesto, esta contradicción es inherente a cualquier sistema democrático liberal, pero aparece en forma particularmente pronunciada en el caso alemán, en el que una gama de mecanismos de censura y represión minan la prohibición constitucional de la censura y las garantías a las libertades (Weiss, 1994). Estos mecanismos se dividen aproximadamente en tres categorías: 1) la prohibición de partidos políticos y organizaciones anti-constitucionales (*Verfassungswidrige*) y, por extensión, de cualquier cosa asociada a ellos (por ejemplo, la suástica o el saludo hitleriano); 2) la regulación del acceso de los jóvenes a cosas consideradas demasiado peligrosas para quienes son vistos como todavía no suficientemente maduros y, 3) la criminalización de las faltas al honor de las personas, las organizaciones, las colectividades y los muertos, o las víctimas del nacionalsocialismo, desde declaraciones racistas hasta la negación del Holocausto. Por varias razones, estos mecanismos legales desembocan en una serie de ambigüedades que les permiten ser usados de manera diferencial en respuesta a casos particulares, como es evidente por ejemplo en las frecuentes batallas legales sobre el uso de símbolos nazis en protestas anti-fascistas (Stegbauer, 2007).

Concomitante a ellos existe una industria penal de discursos expertos, técnicas terapéuticas e instituciones de normalización que hacen legibles, legítimos y ponen en práctica una multitud de programas de intervención. Los jóvenes extremistas de derecha son interpretados de varias maneras: como un fenómeno juvenil, que surge del vaivén de los ambientes subculturales juveniles; como víctimas psicológicas de padres patológicamente autoritarios; como productos de la alienación y el resentimiento post-industrial; como casos extraviados pero a fin de cuentas insignificantes de la delincuencia de clase baja; o como seres irracionales, vulnerables al engaño e incapaces de reflexión crítica (Butterwegge y Meier, 2002). A cada paradigma explicativo corresponden diferentes técnicos y técnicas: gestores de jóvenes que organizan actividades “multiculturales” para los grupos callejeros, oficiales que supervisan a quienes están en libertad condicional, psicólogos que llevan a cabo sesiones de terapia grupal anti-violencia, maestros universitarios que abren talleres para la argumentación racional... la lista podría prolongarse ampliamente.

Quisiera discutir tres ámbitos en donde se hacen evidentes los efectos políticos de este régimen penal. En primer lugar, la gobernanza penal de la xenofobia y del extremismo reduce la relevancia política de los actos que criminaliza mediante la asimilación indiscriminada del extremismo de derecha al nacionalsocialismo, como si éste fuera una construcción ideológica uniforme y total. El resultado es una noción empobrecida y estrechamente definida de la motivación política, así como la equiparación de los residuos políticamente alienados, descontentos y xenófobos del racista Estado de bienestar europeo con las tropas SS de la Alemania nazi. Resulta evidente que tildar de nazis a adolescentes furibundos y sin duda prejuiciosos no contribuye a ilustrarlos. Por otro lado, la delincuencia política es frecuentemente desplazada del campo de la política e implantada dentro de los campos de la psicología, los hábitos y los estilos de consumo, el conocimiento o la educación individuales.

En segundo lugar, dentro del campo discursivo más amplio que se identifica con la reconfortante etiqueta de corriente principal —*mainstream*— (en alemán la palabra es *Mitte*, literalmente “la mitad”), vemos el típico secuestro neoliberal de los debates públicos. En este caso, la obsesión por el crimen oscurece toda una gama de problemas adicionales. Por otro lado, la dimensión política de la delincuencia más que eliminada es reducida a la farsa: si en otros ámbitos la penalidad neoliberal desconoce complejos procesos sociales por medio de la equiparación del robo menor con el asesinato (como las cada vez más populares leyes de los “tres *strikes*” en Estados Unidos), aquí vemos una clase social baja, xenófoba y delincuente equiparada con el asesinato en masa del nazismo. Ambas responden a una lógica de tolerancia cero para faltas menores y ambas empobrecen la deliberación política en la esfera pública. Pero lo más preocupante es que la delincuencia política naturaliza como legítimo e inocente el discurso político de la corriente principal. En otras palabras funciona como coartada que le permite negar su propio nacionalismo xenófobo. Resulta entonces más interesante la forma en que son interpretadas no tanto las diferencias sino las relaciones entre lo extremo y la corriente principal. Ante el evidente racismo en la corriente principal encontramos la presunción de que el público ilustrado ha sido contaminado con la influencia de los delincuentes políticos y debe ser completamente purificado. La delincuencia política, entonces, permite la interpretación del racismo como un intruso externo.

Por último, está el ámbito parlamentario, en el que la delincuencia política sirve para circunscribir el terreno político en los límites del consenso neoliberal, mediante la supresión de toda una gama de voces opositoras. A fin de cuentas, a la luz del doble trauma histórico del nacionalsocialismo y del socialismo de Estado, se vuelve completamente plausible pasar de confundir

el racismo con la tiranía genocida a confundir ambas cosas con el socialismo. En efecto, tal ha sido a menudo el destino de la izquierda socialista contemporánea en Alemania.

Integración multicultural en Berlín

Más allá de los efectos políticos de la gestión del odio en la Alemania neoliberal, sin embargo, mis observaciones apuntaban hacia el significado político de lo que podría llamarse la gobernanza de la tolerancia: la obsesión europea con la diversidad multicultural. Algunos autores han sugerido que en la Europa contemporánea la tolerancia sirve para eclipsar la lucha contra la explotación y la injusticia con una lucha en contra de la intolerancia (Žižek, 2008). Otros han argumentado que la emergencia de la sociedad civil, el presunto protagonista de la tolerancia, como una panacea mágica, señala de hecho un momento de crisis en el tejido social (Comaroff y Comaroff, 2001). Así pues, me interesa cómo y con qué efectos políticos el multiculturalismo y la incitación a la tolerancia como formas neoliberales de gobernanza han servido para gestionar y controlar los afectos en la Europa post-industrial y en particular en sus nuevos márgenes sociales. Esta problemática guía mi proyecto de investigación subsecuente que se enfoca en las políticas de integración multicultural en Berlín.

El proyecto incluye el análisis de los debates sobre las políticas y los discursos públicos sobre la integración multicultural, así como un estudio etnográfico de varios proyectos de integración cultural de Neukölln. Continúo con la exploración de cómo la administración de la diferencia cultural se entrecruza con la gestión de la exacerbada polarización social en este momento histórico. Mi perspectiva, sin embargo, difiere significativamente del proyecto anterior. Mi hipótesis es que la política multicultural europea, especialmente en contextos urbanos, sirve para domesticar los miedos acerca de la diferencia cultural mediante la regulación, la circunscripción y la naturalización de la misma. Al hacerlo contribuye, sin proponérselo conscientemente, a la esencialización cultural de la alteridad étnica y por ello intensifica las mismas ansiedades que trata de mitigar.

Las diferencias culturales y étnicas se han vuelto centrales en la política neoliberal en diversas regiones del mundo, como lo atestiguan el paso de una lógica asimilacionista a una lógica multicultural de la gobernanza, así como la fragmentación de los Estados-nación y de los paisajes urbanos (Friedman, 2003). El debate continúa respecto de si estos procesos deben ser celebrados, como sugieren algunos autores (Taylor y Gutmann, 1994; Walzer, 1997); si

deben ser abordados con una actitud de aprobación cautelosa y crítica, como lo han planteado otros (Appiah, 2005; Laclau, 1996); o, por último, si son fundamentalmente problemáticos (Asad, 1993; Žižek, 1997; 2000). ¿Podría ser acaso, me pregunto, que en la Alemania actual la tolerancia haya reemplazado no a la xenofobia, sino a la prosperidad, como horizonte dominante de la política?

Traducción del inglés de Germán Franco

Recibido y revisado: diciembre, 2010

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco núm. 20/Pedregal de Santa Teresa/C.P. 10740/México, D.F./ correo electrónico: shoshan@colmex.mx.

Bibliografía

- Allen, Christopher S. (2010), "Ideas, Institutions and Organized Capitalism: the German Model of Political Economy Twenty Years after Unification", *German Politics & Society*, vol. 28, núm. 2, pp. 130-150.
- Anderson, Perry (2009), "A New Germany?", *New Left Review*, núm. 57, mayo-junio, pp. 5-40.
- Appadurai, Arjun (1998), "Dead Certainty: Ethnic Violence in the Age of Globalization", *Public Culture*, vol. 10, núm. 2, pp. 225-247.
- Appadurai, Arjun (1996), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota.
- Appiah, Anthony (2005), *The Ethics of Identity*, Princeton, Princeton University.
- Asad, Talal (2003), "Muslims as a 'Religious Minority' in Europe", en T. Asad, *Formations of the Secular: Christianity, Islam, Modernity*, Stanford, Stanford University, pp. 159-180.
- Asad, Talal (1993), "Multiculturalism and British Identity in the Wake of the Rushdie Affair", en T. Asad, *Genealogies of Religion: Discipline and Reasons of Power in Christianity and Islam*, Baltimore, Johns Hopkins University, pp. 239-268.
- Baca, George (2004), "Legends of Fordism: Between Myth, History, and Foregone Conclusions", *Social Analysis*, vol. 48, núm. 3, pp. 169-178.
- Bach, Jonathan (2005), "Vanishing Acts and Virtual Reconstruction: Technologies of Memory and the Afterlife of the GDR", en S. Arnold-de Simine (ed.), *Memory Traces: 1989 and the Question of German Cultural Identity*, Oxford, Peter Lang.
- Balibar, Étienne (2004), "Outline of a Topography of Cruelty: Citizenship and Civility in the Era of Global Violence", en É. Balibar, *We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship*, Princeton, Princeton University, pp. 115-132.

- Berlant, Lauren (2007), "Nearly Utopian, Nearly Normal: Post-Fordist Affect in La Promesse and Rosetta", *Public Culture*, vol. 19, núm. 2, pp. 273-301.
- Binder, Beate (2001), "Capital under Construction: History and the Production of Locality in Contemporary Berlin", *Ethnologia Europaea*, vol. 31, núm. 2, pp. 19-40.
- Bohrer, Karl Heinz (1991), "Why We Are Not a Nation, and Why We Should Become One", *New German Critique*, núm. 52, pp. 72-83.
- Borneman, John (2002), "Multikulti or Schweinerei in the Year 2000", *German Politics and Society*, vol. 20, núm. 2, pp. 93-114.
- Borstel, Dierk (2004), *Rechtsextreme Erscheinungsformen und Möglichkeiten der demokratischen Intervention im Berliner Bezirk Treptow-Köpenick*, Berlín, ZDK.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (2001), "NewLiberalSpeak: Notes on the New Planetary Vulgate", *Radical Philosophy*, núm. 105, pp. 2-5.
- Boyer, Dominic C. (2006), "Ostalgie and the Politics of the Future in Eastern Germany", *Public Culture*, vol. 18, núm. 2, pp. 361-381.
- Bunzl, Matti (2005), "Between anti-Semitism and Islamophobia: Some Thoughts on the New Europe", *American Ethnologist*, vol. 32, núm. 4, pp. 499-508.
- Butterwegge, Christoph y Lüder Meier (2002), *Rechtsextremismus*, Freiburg, Herder.
- Carlsson, Yngve (2006), "Violent Right-Wing Extremism in Norway: Community Base Prevention and Intervention", en P. Rieker, M. Glaser y S. Schuster (eds.), *Prevention of Right-Wing Extremism, Xenophobia and Racism in European Perspective*, Halle, Deutsches Jugendinstitut e. v., pp. 12-29.
- Comaroff, Jean y John L. Comaroff (eds.) (2001), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Durham, Duke University.
- Comaroff, Jean y John L. Comaroff (1999), "Alien-Nation: Zombies, Immigrants, and Millennial Capitalism", American Bar Foundation Working Paper (#9901), pp. 1-49.
- De Soto, Hermine G. (1996), "(Re)Inventing Berlin: Dialectics of Power, Symbols and Pasts, 1990-1995", *City and Society*, vol. 8, núm. 1, pp. 29-49.
- Foucault, Michel (2007), *Security, Territory, Population: Lectures at the Collège de France, 1977-78*, Basingstoke, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Foucault, Michel (1995), *Discipline and Punish: the Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage Books.
- Friedman, Jonathan (2003), "Globalization, Dis-Intergration, Re-Organization: the Transformations of Violence", en J. Friedman (ed.), *Globalization, the State, and Violence*, Walnut Creek, AltaMira, pp. 1-34.
- Geyer, Michael (1997), "The Place of the Second World War in German Memory and History", *New German Critique*, núm. 71, pp. 5-40.
- Glaeser, Andreas (2000), *Divided in Unity: Identity, Germany, and the Berlin Police*, Chicago, University of Chicago.
- Hale, Charles R. (2005), "Neoliberal Multiculturalism: the Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America", *Political and Legal Anthropology Review*, vol. 28, núm. 1, pp. 10-19.

- Harcourt, Bernard E. (2010), "Neoliberal Penalty", *Theoretical Criminology*, vol. 14, núm. 1, pp. 74-92.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004), *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Nueva York, Penguin.
- Harvey, David (2001), *Spaces of Capital: towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge.
- Hassel, Anke (2010), "Twenty Years after German Unification: the Restructuring of the German Welfare and Employment Regime", *German Politics & Society*, vol. 28, núm. 2, pp. 102-115.
- Holmes, Douglas R. (2000), *Integral Europe: Fast-Capitalism, Multiculturalism, Neofascism*, Princeton, Princeton University.
- Huyssen, Andreas (1997), "The Voids of Berlin", *Critical Inquiry*, vol. 24, núm. 1, pp. 57-81.
- Huyssen, Andreas (1992), "The Inevitability of Nation: German Intellectuals after Unification", *October*, núm. 61, pp. 65-73.
- Huyssen, Andreas (1991), "After the Wall: the Failure of German Intellectuals", *New German Critique*, núm. 52, pp. 109-143.
- Laclau, Ernesto (1996), "Universalism, Particularism, and the Question of Identity", en E. Laclau, *Emancipation(s)*, Nueva York, Verso, pp. 20-35.
- Ladd, Brian (1997), *The Ghosts of Berlin: Confronting German History in the Urban Landscape*, Chicago, University of Chicago.
- Massumi, Brian (1995), "The Autonomy of Affect", *Cultural Critique*, núm. 31, pp. 83-109.
- Mazzarella, William (2009), "Affect: What Is it Good for?", en S. Dube (ed.), *Enchantments of Modernity: Empire, Nation, Globalization*, Nueva York, Routledge, pp. 291-309.
- Pred, Allan Richard (2000), *Even in Sweden: Racisms, Racialized Spaces, and the Popular Geographical Imagination*, Berkeley, University of California.
- Rose, Nikolas (2001), "The Politics of Life Itself. Theory", *Culture and Society*, vol. 18, núm. 6, pp. 1-30.
- Sassen, Saskia (2002), "The Repositioning of Citizenship: Emergent Subjects and Spaces for Politics", *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 46, pp. 4-26.
- Saunders, Anna (2009), "Remembering Cold War Division: Wall Remnants and Border Monuments in Berlin", *Journal of Contemporary European Studies*, vol. 17, núm. 1, pp. 9-19.
- Sennett, Richard (1998), *The Corrosion of Character: the Personal Consequences of Work in the New Capitalism*, Nueva York, Norton.
- Sharma, Aradhana (2006), "Crossbreeding Institutions, Breeding Struggle: Women's Empowerment, Neoliberal Governmentality, and State (Re)Formation in India", *Cultural Anthropology*, vol. 21, núm. 1, pp. 60-95.
- Shoshan, Nitzan (2008a), "From SS to Stasi and Back Again? Osis, Wessis, and Right-Extremists in Contemporary Germany", en A. Sakalauskaite y D. Backman (eds.), *Ossi/Wessi*, Londres, Cambridge Scholars, pp. 241-266.
- Shoshan, Nitzan (2008b), "Placing the Extremes: Cityscape, Ethnic 'Others', and

- Young Right Extremists in East Berlin”, *Journal of Contemporary European Studies*, vol. 16, núm. 3, pp. 377-391.
- Stegbauer, Andreas (2007), “The Ban of Right-Wing Extremist Symbols According to Section 86a of the German Criminal Code”, *German Law Journal*, vol. 8, núm. 2, pp. 173-184.
- Steinmetz, George (1994), “Fordism and the ‘Immoral Economy’ of Right-Wing Violence in Contemporary Germany”, en Frederick D. Weil y Mary Gautier (eds.), *Research on Democracy and Society*, Greenwich, JAI Press, pp. 277-316.
- Taylor, Charles y Amy Gutmann (1994), *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*, Princeton, Princeton University.
- Ten Dyke, Elizabeth (2001), “Tulips in December: Space, Time and Consumption before and after the End of German Socialism”, *German History*, vol. 19, núm. 2, pp. 253-276.
- Walzer, Michael (1997), *On Toleration*, New Haven, Yale University.
- Warner, Michael (2002), “Publics and Counterpublics”, *Public Culture*, vol. 14, núm. 1, pp. 49-90.
- Weiss, David (1994), “Striking a Difficult Balance: Combatting the Threat of Neo-Nazism in Germany while Preserving Individual Liberties”, *Vanderbilt Journal of Transnational Law*, vol. 27, pp. 899-940.
- Žižek, Slavoj (2008), “Tolerance as an Ideological Category”, *Critical Inquiry*, vol. 34, núm. 4, pp. 660-682.
- Žižek, Slavoj (2000), “Why We All Love to Hate Haider”, *New Left Review*, 2, marzo-abril, pp. 37-45.
- Žižek, Slavoj (1997), “Multiculturalism, Or, the Cultural Logic of Multinational Capitalism”, *New Left Review*, vol. I, núm. 225, pp. 28-51.

